

“Reflexiones sobre la poética de Francisco Sánchez Bautista”(1)

Miguel Espinosa

Revista *Murgenta*, Real Academia Alfonso X El Sabio, Murcia. 1995

Enfrentado con la tarea gozosa y ardua de examinar la obra poética de Sánchez Bautista (y digo tarea gozosa porque, aunque no es una obra conclusa, no es una obra terminada, sí es una obra cerrada y, entonces, ya es, por así decirlo, una cosa en sí que ofrece muchas facetas; no es un libro, sino un conjunto de libros y el resultado de una labor poética que empezó en 1957 y dura hasta 1980, es decir, veintitrés años). Digo, que enfrentado con este gozoso problema, he querido buscar una fórmula casi matemática de la cual, tirando del hilo, devanáramos el ovillo, para sintetizar qué es esta obra de este poeta, y qué es esta obra, a ver si la podemos sintetizar en una frase; alguien ha sintetizado la novela de Dostoievski, Tierno Galván, diciendo que Dostoievski es el problema de la vida, y otros han dicho que Balzac es el problema del dinero. Entonces, yo he querido buscar una fórmula que nos diga qué es el problema de Sánchez Bautista. No es que haya encontrado una fórmula mágica y novedosa, he encontrado el mito de siempre, lo que es la poesía y, en el fondo, toda filosofía y toda predicación y toda utopía. La fórmula que encierra el problema de la obra de Sánchez Bautista es la mítica relación Cielo y Tierra, quien no quiera usar la palabra Cielo, que use la palabra Misterio, que use la palabra Existencia, y quien no quiera usar la palabra Tierra, que use la palabra Hombre. Esta relación Padre-Cielo y Madre-Tierra, que es la relación que ha movido siempre toda poesía y toda filosofía, es la fórmula de cuyo hilo vamos a tirar para así devanar, si podemos, el ovillo de la obra de Sánchez Bautista.

La relación Cielo y Tierra la han realizado muchos hombres a la manera de titanes, de héroes que quieren escalar el Cielo. Así tenemos, por ejemplo, a Nietzsche, a Hölderlin, a Santa Teresa, a San Pablo, a Lutero, etc.; incluso podríamos decir a Hegel. Son titanes que quieren escalar el Cielo, son héroes.

La manera de escribir y de hablar del titán tiene que ser, necesariamente, retórica, tiene que ser grandiosa. Sánchez Bautista no instituye la relación Cielo-Tierra a través

del titanismo; renuncia a la heroicidad. ¿Cómo la instituye? La instituye a través de la humanidad; él no es un titán, es un hombre, y así se va a relacionar con el Cielo y la Tierra. Lo que en el titán es heroísmo y es retórica, en Sánchez Bautista va a ser Espíritu; su relación con el Cielo y la Tierra es la fuerza del Espíritu, y su estar en la Tierra es su Alma, su Ánima. Entonces tenemos al poeta escindido —dolorosamente, porque el Mundo es una unidad— en dos: por una parte el Espíritu, por otra parte la Humanitas, la Humanidad. En cuanto Sánchez Bautista se muestra como Espíritu, se muestra como Profeta, porque el Espíritu es radical, el Espíritu todo lo arrastra, todo lo quema; el Espíritu no pacta, el Espíritu es intolerante, el Espíritu arrasa, el Espíritu condena, es fuego, es desierto y no admite componendas.

En cuanto Sánchez Bautista se muestra como Alma, es decir, no ya como Espíritu —en esta escisión, repito, dolorosa— es un Hombre, y lo que tiene es humanidad. Disiento de su prologuista(2) cuando dice que la poesía de Sánchez Bautista es *humanismo*. Oyentes, mis amigos, ninguna poesía es humanismo. Humanismo es la relación del hombre con el hombre y por el hombre. La poesía es más radical, va más allá: si el poeta es *pájaro*, si es *lluvia*, si es *cascada*, si es *cereza*, si es *uvita*, si es *amanecer*, eso no es humanismo; es una relación mucho más radical; no podemos concebir la poesía como un humanismo. Tampoco es, como dice el prologuista —otra vez siento disentir de él— poesía de *tejas abajo*. No hay poesía de tejas abajo; habrá ciencia; de tejas abajo habrá técnica..., los que estudian el color del pimentón, si no son locos, desde luego lo hacen de tejas abajo. Pero el que maneja la palabra y quiere resolver el misterio o comunicarse con el Cielo y la Tierra, no puede ser de tejas abajo; es una paradoja; digamos que sería una poesía que, refiriéndose al Cielo dice: *joh cielos!*, *sólo existo de tejas abajo*. Esto es una paradoja de la poesía y, además, de toda literatura y de todo pensamiento, como me ha enseñado, desde hace mucho tiempo, mi buen amigo José López Martí.

Bueno. Admitiendo, con permiso de Vds., solamente como andamio que después podemos quitar, esta escisión de Sánchez Bautista en Espíritu y en Ánima, en Alma, vamos a estudiar cómo se verifica en él el Espíritu y cómo se verifica el Alma, y al usar esta terminología un poco tradicional, quiero decir que la voy a usar en sentido metafórico, para no molestar a quienes piensen que no hay Espíritu, ni hay Alma, incluso en sentido absolutamente metafórico.

Vamos a estudiar esta escisión y vamos a compararlas, una a la izquierda y otra a la derecha. Sánchez Bautista —que aquí lo tenemos sentado— en cuanto Espíritu (y si Vds. han leído su poesía lo verán, y si no la han leído, en cuanto la lean lo captarán) es furor profético, es ascetismo, falta de sensualidad. Naturalmente, los espíritus, si somos espíritus, para qué queremos los mares, los valles, las montañas y esas bolitas que están allá arriba, las lunas, los soles; para qué queremos los espíritus esas cosas. Esas cosas son como bromas, son como juguetes para el Espíritu. Repito que, entonces, como Espíritu, es furor profético, es ascetismo, es anuncio de males; está anunciando males en su poesía, es denuncia de males, y es combatir la idolatría y el culto a lo finito, repito, combate la idolatría y el culto a lo finito, como hacen todos los hombres que son furor de Espíritu, desde Feuerbach (que está en un extremo político) dijéramos a Pablo de Tarso (que está en otro extremo político), o a Teresa de Ávila; los profetas combaten la idolatría y el culto a lo finito.

Y en ese furor profético de Sánchez Bautista tenemos que meter su crítica social. Su crítica social, que parece política, es algo más que eso. Sería una trivialidad que su crítica social fuera una crítica política a la moda de 1960. Es una queja de lo finito del hombre. Cuando él critica la pobreza, no es una crítica sociológica, es una crítica de la finitud del Hombre, visto desde un punto de vista ontológico. No son en él estas críticas sociales —y el que las entienda así no penetra totalmente el alma de esta poesía— críticas meramente políticas, porque para hacer eso, con que hubiera hecho un panfleto escrito en prosa, una denuncia escrita, le hubiera bastado. Para eso no se hace poesía. Lo que él hace al criticar socialmente las estructuras en las que vivía y al criticar la pobreza, es, como profeta, lamentar y llorar la finitud humana.

Esta es la parte de Sánchez Bautista como Espíritu.

Vamos a dejarla y vamos a la parte como Alma; deja de ser Espíritu y es *Ánima*, Alma. Entonces, a eso corresponde su estilo llano de hombre honesto, como dijo que había que escribir un teólogo que murió en un campo de concentración nazi, me parece que...(3). Pensemos, como mito, que las cosas, en un tiempo que no está en la Historia, fueron traicionadas y entregadas a la palabra. Desde que las cosas fueron entregadas a la Palabra —y podemos recibir la Palabra de una mujer en la que diga: *te amo*—, desde ese momento, hablar, queridos oyentes, es endeudarse, cosa que todo hombre debe

saber, si no es político; hablar es endeudarse. Por eso da temor de hablar. Pero se puede hablar, repito, en este estilo llano del hombre honesto (y voy a decir una cosa, que a lo mejor les parece extraña(4): ¡el estilo llano del hombre honesto es el estilo de la poesía, y de la ontología! Precisamente de ¡la poesía! y de ¡la ontología!, es decir, de las dos formas de pensar, de comparecer y de concienciarse más profundas que nos han sido dadas). En este estilo llano de hombre honesto, repito, que usa Sánchez Bautista, la metáfora está controlada por el pudor que tiene el poeta de acercar cosas tan diferentes, de casar cosas tan diversas; de casar *azul* con *muchacha*, y *pájaro* con *máquina*. Es el pudor que le viene al poeta de ese saber inconsciente que tiene de que un día las cosas fueron traicionadas y entregadas a las palabras. Al manejar ese pudor, tiene cuidado de la metáfora, y al cuidar de esta manera la metáfora, desaparece lo más repugnante que puede haber en el escritor, y es que nos vuelque —como si fuera nuestra amante en la cama— su maldita subjetividad; el que respeta la metáfora, no nos vuelca su maldita subjetividad, ni nos da la paliza hablándonos de sus cosas.

El estilo llano del hombre honesto no crean que es un estilo desgarbado, y un no tener estilo(5). Precisamente es voluntad de estilo. El escritor, cuando empieza a escribir, tiene como un demonio, una inercia, una gravedad, una pesantez que le conduce a escribir sin estilo, y a ser subjetivo. La lucha por elevarse..., la flecha hacia arriba, es la voluntad de estilo. No hay estilo llano sin voluntad de estilo, queridos oyentes, Cervantes, Miró, Azorín..., son estilos llanos.

Hemos visto ya una forma del Espíritu, como furor profético. Y una forma del Alma como estilo llano. Vamos a seguir en esta escisión.

Volvamos otra vez a Sánchez Bautista como Espíritu.

En la poesía de Sánchez Bautista en cuanto aparece el Espíritu y su furor profético, hay primicia del espacio sobre el lugar. Hay espacio y no hay lugares; hay desolación, éxodo, destierro, peregrinación y desierto. En cuanto Espíritu y su furor, la poesía de Sánchez Bautista carece de paisaje. Señores, para el que tiene Espíritu, ¿qué puede ser el paisaje, cualquier paisaje, si no un pequeño belén? Mira al mar, mira a la luna, mira a los arbolitos... Si tengo Espíritu, para mí eso es un belén; todo es desierto y todo es desolación: Entiendo por *paisaje* un espectáculo que remite a un yo espectador; un ser

ante los ojos; un lugar donde descansar. El que tiene Espíritu no tiene dónde descansar; no tiene un ser ante los ojos. El que tiene Espíritu en vez de ver paisaje, ve horizonte de la existencia, es decir, el Mundo (en el sentido en el que esta palabra —y que no voy a explicar porque sería muy largo— la emplea mi amigo José López Martí). El que tiene Espíritu ve horizonte de la existencia, es decir, el Mundo, no espectáculo; la patria del que tiene Espíritu es el Mundo. Por eso, en cuanto Espíritu y su furor profético, en la poesía de Sánchez Bautista —¡pongan atención a esto, señores!— no hay *Geografía*, hay *Geología*. La Tierra es, simplemente, *Geología*, es el erial, es la greda, es la roca, etc. Ha sustituido la *Geografía*; el belén del paisaje lo ha sustituido por la grandeza cósmica de la *Geología*. Visto así el Mundo, con el furor del Espíritu —y lo vemos en la poesía de Sánchez Bautista— el Mundo aparece como desierto; pues, ¡señores!, si yo tengo Espíritu, ¿cómo voy a ver un vergel jamás? Si tengo Espíritu, todo para mí será desierto; ¿cómo voy a ver un vergel si tengo Espíritu? Por eso, desde el furor del Espíritu de la poesía de Sánchez Bautista, el Mundo es desierto. ¿Y el sol?, que aparece mucho en la poesía de Sánchez Bautista, ¿qué es el sol desde este furor del Espíritu? El Sol en Sánchez Bautista es el sol que aparece en el desierto del pueblo judío; que el desierto del pueblo judío no es el desierto del árabe. En el árabe, el desierto es el hábitat, pero en el judío es el destierro, es el castigo. Es el Sol del pueblo judío, que hace de la vida y de la tierra un desierto, el Sol de Sánchez Bautista. No es el Sol de los griegos; el Sol de los griegos era luz, era iluminación. El Sol de Sánchez Bautista, si Vds. leen su poesía, es calor. No es una sensación visual, no es una sensación iluminativa. Es una sensación visceral, es calor, es sensorial. Tampoco es el Sol de Sánchez Bautista la divinidad de los aztecas, simbólica, etc., sino que es calor abrasador que hace de la Tierra un desierto, desde el punto de vista del Espíritu.

Dejemos ahora este trato que ha dado el Espíritu a las cosas; a la izquierda de Sánchez Bautista..., no sé si poner el Espíritu a la izquierda o a la derecha... Y vamos a ver el *Ánima*, que la ponemos a la derecha.

Estoy haciendo la contraposición Sánchez Bautista como Espíritu y furor profético, y Sánchez Bautista como Alma.

Frente al Espíritu de Sánchez Bautista, que es furor y que no tiene lugar, aparece su Alma. Y así como el espacio en el Espíritu es ningún lugar, así el lugar es el hecho

localizado, a través del Alma, del nacimiento y de la muerte; cuando no habla el Espíritu de él —que es universal, que es furor, que es profético— y habla el Alma, sí hay lugar en el Mundo; ya no es un desierto. Y ese lugar ¿qué es? El pueblo donde ha nacido y el pueblo donde muere. Es la patria chica que, en Sánchez Bautista, señores, como en Cervantes, como en Lope, la patria chica era la única Patria; era, al mismo tiempo, la patria grande, porque la idea de nacionalidad todavía no había nacido en Europa.

Entonces, frente al espíritu de Sánchez Bautista, que no hay lugar y que todo es desierto, aparece el alma y crea el lugar, que es el sitio de nacimiento. Y frente al no paisaje que tenía el Espíritu, aparece el paisaje como lugar y descanso del furor del Espíritu; como un oasis en el desierto del Espíritu aparece el Alma. Como un oasis en ese furor del Espíritu, en esa denuncia de los males, en ese anuncio de males, en esa voz profética, aparece, de pronto, el lugar de nacimiento, su pueblo, con las acequias, con los árboles, con la fruta..., como un descanso. El paisaje, visto por el Alma y no por el Espíritu, repito, es lugar y está encerrado en la temática de la huerta, mientras que el Espíritu estaba en el campo. Cuando él canta Fortuna, es el furor del Espíritu, es el desierto y la desolación. Cuando está cantando el Llano de Brujas, entonces es la huerta, es el tema de lo cual, del lugar donde se ha nacido y donde se ha de morir, y es una relación super-íntima entre Alma y Locus. Digo que es una relación super-íntima —porque quisiera que me entendieran bien— que el Alma hace al Lugar y el Lugar hace el Alma. Es una dialéctica. Solamente cuando hay lugares hay Alma; si yo veo mi huerto y me recreo en él, ya no soy Espíritu, ya no soy ello, ya no soy furor y desierto y desesperación, ya soy yo, que tengo mi huerto, que he acotado un lugar —en el Mundo, en el Cosmos— para ser Yo.

El Alma de Sánchez Bautista acota el Mundo y crea el paisaje. El Alma es como un ello mediante el cual se acota un terreno y viéndolo como paisaje se configura un yo; así podríamos dar esta definición de Alma: un Ello que acota un terreno y viendo un paisaje configura un Yo. El yo de Sánchez Bautista se configura al acotar en el desierto del Mundo el paisaje de la huerta de su pueblo. Naturalmente, un alma así configurada tiende al animismo y aún al fetichismo, que es, precisamente, lo que ha combatido, por otro lado, por el lado de la izquierda el espíritu de Sánchez Bautista. Y, sin embargo, su alma, tiende al animismo, al fetichismo: la temática de las frutas, de las acequias, de los

huertos, de los melocotones, de los sabores, de los olores, de los sonidos de las acequias..., es el Alma que en el paisaje crea el animismo y el fetichismo, frente al desierto que había creado el Espíritu. El mundo vegetal —como muy bien ha señalado mi antecesor en la palabra(6)—, de Sánchez Bautista es un mundo creado por su alma y, paradójicamente, combatido por su espíritu. Y así como el espíritu de Sánchez Bautista ha destruido la Geografía y la ha convertido en Geología..., por el contrario el Alma hace Geografía y no Geología, y al hacer Geografía nace la sensualidad: el agua, las flores, los amaneceres. En Geología no hay amaneceres, ni hay agua, ni hay flores. Permítanme esta metáfora cursi: Que los planetas deshabitados no tienen Geografía, tienen Geología; no hay amaneceres, ni hay agua, ni hay nada, es pura Geología.

Vamos otra vez a dejar el Alma de Sánchez Bautista, en esta escisión dolorosa de él; volvamos al Espíritu. El Espíritu como furor profético de poeta en Sánchez Bautista es fuego, y el Alma es descanso y distensión. El espíritu de Sánchez Bautista trata del Hombre, de Dios y del Mundo, y el alma trata de los animales, de las mujeres, de los niños, de los ancianos y de las cosas que yo llamaría primeras, es decir, en suma, del Pueblo.

Es de notar la ternura que siente Sánchez Bautista, que coincide con una palabra que yo empleo desde hace mucho tiempo, en una obra mía; la ternura que siente por lo que yo llamaría *cosas primeras*, es decir, por lo inocente, que él pone precisamente en los animales, en las mujeres, en los niños, y en los ancianos —¡sobre esto quiero que pongan mucha atención!— trata de la muerte como destrucción, al igual que todo Espíritu. Y, sin embargo, su alma trata de los muertos pero no como destrucción, sino como seres que están ahí y siguen siendo los muertos, como seres que están ahí, como diría Valèry, con los *perezosos* muertos, con nuestros muertos, como dice el Pueblo o dice el lenguaje popular en una expresión maravillosa: *en tus muertos...*, quiere decir: que mis muertos todavía son, aunque no existan. Para el Espíritu, la muerte es destrucción total. Para el Alma, los muertos están ahí, en otra forma de ser. Como Espíritu y furor y profecía, la poesía de Sánchez Bautista es mística, y la mística exige un *rigor poético*, que él lo cumple. Por otro lado, como Alma, Sánchez Bautista combina el rigor poético con una forma de adjetivar sencilla y fácil, y esas frases sencillas son lugares de descanso donde reposa el alma de la regresión al infinito, de los círculos viciosos, y, en suma, de la tarea titánica e infinita que es el Espíritu. Cuando el

lector se encuentra con esas frases, agradece y halla el lector allí también su alma, igual que Sánchez Bautista. Podemos decir, pues, que si el Espíritu es camino en la poesía de Sánchez Bautista, el Alma es una posada donde descansa: se descansa en los *rumores de las acequias*, en el *Sol de estío*, en el *ruiseñor del alba*, en *agua clara*, etcétera, que son frases absolutamente sencillas y de una adjetivación, dijéramos, fácil.

Por último... Veamos también que Sánchez Bautista combina el rigor poético que exige el Espíritu —porque sin rigor poético no hay poesía—, y el Alma, viendo un paisaje será una sensiblera y dirá: *qué paisaje tan bonito...*, pero si no hay Espíritu, no habrá poesía. El Espíritu exige el rigor poético. Pues Sánchez Bautista combina el rigor poético del Espíritu con una claridad casi pedagógica de estilo, una claridad *paidética*, casi didáctica. Pueden ocurrirle al poeta dos cosas: que sacrifique la claridad al rigor, es decir, que sea más riguroso que claro, y se produce el hermetismo. Para hablar como los profesores de Universidad: entre nosotros, entre los aquí presentes, un poeta hermético es José Luis Martínez Valero, porque ha sacrificado la claridad al rigor poético, y ha puesto por encima de todo el rigor poético. Si se sacrifica, por el contrario, el rigor poético a la claridad, y se pretende la claridad por encima del rigor poético, se produce una poesía trivial, un prosaísmo. Sánchez Bautista mantiene un equilibrio entre rigor poético y claridad de estilo, que es el equilibrio al que todo poeta debe tender, y que, para hablar también como un profesor de Universidad: dijéramos que entre los presentes lo tiene de una manera nobilísima Eloy Sánchez Rosillo.

Me queda sólo decir que quiero poner a la consideración de Vds., si es que no soy muy pesado, una distinción que hago en el lenguaje.

Llamo yo *magia* a una valoración total del Lenguaje. El Espíritu tiende a valorar el lenguaje por encima de todo. Por encima de las cosas, y en este aspecto se porta con una fuerza mágica. Señores, si tengo la Palabra, si tengo el Verbo, si tengo el Logos, ¿para qué quiero las cosas?, es tal el Lenguaje como magia; la super-valoración que hace el Espíritu del Lenguaje.

Por el contrario, frente a la magia que valora el Lenguaje por encima de todo, hay una postura mística, que infravalora el Lenguaje, y que piensa que más allá del Lenguaje



está el Ente, lo Óntico, lo imposible de conocer, el Misterio..., y hay una infra-valoración del Lenguaje.

Son dos posturas extremas y angustiosas. La postura media es la del mediocre científico, que cree que tiene el Lenguaje, y tiene las cosas, y que la cosa corresponde al Lenguaje y el Lenguaje a la cosa..., y se queda tan tranquilo, y dice: el pimentón es rojo..., ¡pues de toda la vida! Mientras que el furor del Espíritu no cree en el pimentón, y el místico no cree en lo rojo, cree que el pimentón es un misterio que hay allá detrás de todo aquello.

Bueno, pues ante estas dos posturas extremas, la poesía debe quedar entre la magia y la mística.

El Lenguaje es tan incisivo, tiene tanta fuerza que hasta los grafos, cuando escribimos, los vemos así, lo escrito con tinta, y es magia, aquello es magia; ha aparecido aquello; las palabras están allí en el papel..., han aparecido, con su verbo, con su estilo, con su caligrafía. Por eso, también, nos atraen mucho los libros bien impresos..., no nos atrae aquí lo místico del libro, no nos atrae el contenido, sino la magia del Lenguaje..., ¡qué bien impreso!... Ahora bien, la magia es lo hablado, lo dicho, lo expresado y también, lo impreso; y lo místico, señores, es lo que está en blanco, entre línea y línea; precisamente lo que está en blanco es lo místico. Entonces, el equilibrio del poeta debe ser entre lo mágico y lo místico.

Y me queda decir que Sánchez Bautista cumple el requisito... —Esto lo digo así, ligeramente, pero es muy importante y es algo fundamental de su poesía—... de estar entre lo místico y lo mágico del Lenguaje. Su Lenguaje es suficientemente mágico para que sea Espíritu, suficientemente místico para que sea Alma, para que sea Misterio, para que sea Ontología, porque, señores, una lista de palabras bellísimas nos atraen mucho, pero es simplemente lo mágico. Mientras que en la poesía debe estar, junto a la lista de palabras, ese misterio de los espacios en blanco, que es lo que nos atrae.

Muchas gracias.

- 
- (1) Transcripción de la cinta magnetofónica Miguel Espinosa-Sánchez Bautista: Miguel Espinosa, presentando el libro *Obra poética*, de Francisco Sánchez Bautista; Editora Regional de Murcia —Comunidad Autónoma—; 1982. La decisión de dar a conocer este discurso espinosiano en forma de transcripción literal del soporte magnético (a la espera de que sea presentado en la edición de su obra completa, con los inevitables retoques para su forma escrita definitiva) parte de la creencia de que, además de su valor biográfico —M. Espinosa nos dejaba definitivamente dos meses después—, tiene el valor sustantivo de ser la clave de una de las áreas de su meditación y pensamiento: sus intentos por entender y gozar la realidad poética. En este sentido es una importante y gratísima coincidencia el hecho de que nuestro mayor poeta de todos los tiempos haya dado pie a quien es también nuestro más notable escritor en prosa para laborar sobre su teoría de la poética. Otro trabajo poético de Sánchez Bautista, *Encuentros con Anteo* (1976), se publicó acompañado de otra reflexión al respecto de Miguel Espinosa, en forma de prólogo.

Transcripción de José Antonio Postigo, agosto 1988. Revisada, 1994.

- (2) Leopoldo de Luis (Nota de transcripción).
- (3) Algo que no se grabó bien. Sucede lo mismo en dos o tres pasajes más. Estas lagunas (al igual que los ‘lapsus’ de estilo propios de la forma hablada-grabada) podrán quedar subsanadas cuando esta cinta pueda ser contrastada con las notas manuscritas de las que M.E. se acompañó).
- (4) Lo dice con énfasis (Nota de transcripción).
- (5) Lo dice con énfasis (Nota de transcripción).
- (6) Francisco Javier Díez de Revenga (Nota de transcripción).